

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 26 de octubre de 2016

Texto de referencia: J. Carrón, «La forma del testimonio», Huellas-Litterae communionis, septiembre 2016, pp. I-VII.

- *Ser poeta*
- *Žemè miega*

Gloria

¡Bienvenidos todos! Este año la conexión está disponible también para las personas que viven en el extranjero –como muchos nos pedían–, porque hemos resuelto el problema de las traducciones simultáneas en inglés, español y portugués. Empezamos nuestro recorrido con la conciencia que expresan los dos cantos que hemos escuchado: «Ser poeta es [...] ser mendigo», es decir tener dentro de uno «un astro que arde», «es tener hambre, es tener sed de infinito». «Es la nostalgia del cielo azul», como decía de las estrellas la segunda canción: «Parece que me hablan como a un hermano, como si quisiesen decir: ve más allá». No podemos no empezar con esta conciencia, después del comienzo de curso en el que, a través de la peregrinación, hemos pedido participar de esa misericordia que tiene piedad de nuestro ser, totalmente mendigos de algo distinto. Pero este ser nuestro que mendiga, como decimos en la Página Uno (*La forma del testimonio*), vive en una situación, por usar la expresión del Papa, en un «cambio de época» que todos hemos de afrontar. Una persona me ha mandado esta contribución: «Al leer *La forma del testimonio*, me impresionaba particularmente el punto en el que se habla del cambio de época. Es un punto que percibo especialmente, sobre todo en la escuela (doy clase en un instituto profesional). El otro día, hablando de la literatura del siglo XIII, pregunté a los estudiantes si sabían quién era Francisco de Asís, y la mitad de la clase me dijo que no. Yo me quedé completamente sorprendida, aunque tampoco demasiado, porque veo que con frecuencia me parece que hablo en otra lengua, me parece que pertenezco a una mentalidad lejanísima; incluso ciertos valores ya no son en absoluto obvios». De aquí surge una pregunta: ¿Cuál es nuestra tarea en el mundo? ¿Qué significa estar frente a un desafío así? La primera cuestión es comprender lo que está sucediendo. Zygmunt Bauman dice que «colmar la distancia entre la realidad en la que vivimos y nuestra capacidad de comprenderla no es un objetivo que se alcance rápidamente» («Alle radici dell'insicurezza», entrevista a cargo de D. Casati, *Corriere della Sera*, 26 de julio de 2016, p. 7). Si lo dice un observador agudo como Bauman, también nosotros debemos darnos un tiempo para comprenderlo, porque no es algo inmediato. Por eso surge en muchas personas la pregunta sobre qué es el conocimiento, sobre qué nos dicen los hechos como el que acabo de citar para introducirnos en un conocimiento de lo que está sucediendo.

Quería plantearte una pregunta que nace de la vida justamente al comienzo de este curso. En especial, al escucharte contar y repetir en distintas ocasiones hechos, ciertos hechos (como el de la mujer enferma de sida a la que ha conocido Rose o el del preso que mira de forma misericordiosa a sus carceleros), veo que tú pones en acto una dinámica cognoscitiva que es muy distinta de la mía; tú sientes la necesidad de volver sobre los hechos que –se entiende– te hacen compañía, que te permiten descubrir la realidad, no solo al comienzo, sino continuamente, custodiándolos. Entiendo entonces que existe una dinámica del conocimiento más profunda que la mía, en la que quiero participar por completo, que percibo necesaria para no tirar la vida. Por eso te planteo dos preguntas: ¿Qué quiere decir conocer de verdad, cómo se hace para no sepultar los hechos? Incluso cuando me parecen buenos, me pasa que después de haberlos catalogado y analizado incluso a fondo para mí han terminado, se pasa página, se pasa a otra cosa. Sin embargo, es distinta la compañía que ellos pueden hacer a la vida como una relación verdadera, me atrevería a

decir vocacional. Para mí el conocimiento es un poco como de usar y tirar, es un consumir lo que sucede, aun dentro de toda mi buena voluntad cristiana, mientras que para ti es una compañía permanente, como un amigo cuya compañía te hace profundizar en un significado y se camina. Un ejemplo de esto es la actitud hacia el inminente referéndum: he estado implicado en un trabajo precioso, apasionante, sobre todo gracias a los amigos que me han involucrado en él; y me he dado cuenta de que a medida que se me aclaraban las cuestiones que están en juego, más relativizaba el contenido de una posición a asumir (no los demás, sino yo). Últimamente pienso cada vez más en la frase de Mounier: «Es necesario sufrir para que la verdad no cristalice en doctrina, sino que nazca de la carne». Pues bien, hay dos cosas que entiendo: probablemente este sufrimiento es también la mortificación –palabra positiva en mi experiencia– de experimentar un límite para poder ganar verdaderamente una humildad que te permita empezar a aprender. En segundo lugar, percibo la misericordia que se nos da como algo excepcional cuando es la posibilidad de implicarse, con toda la verdad de uno mismo, con personas capaces, por gracia, de interrumpir el ciclo de las repeticiones de uno mismo hasta el infinito, es decir, el ciclo del “no conocimiento”.

Eso de lo que tú te das cuenta es lo mismo de lo que hemos partido y que nos ha llevado a esta situación de cambio extraordinario. Porque –como hemos dicho en distintas ocasiones– los hombres de la Ilustración creían que habían alcanzado ya un tipo de conocimiento que les permitía captar todo el alcance de la realidad con la única evidencia de la razón, sin necesidad de otra cosa. Pero este intento, dice Benedicto XVI, ha fracasado. Lo que dices es una demostración de ello: nos damos cuenta de que los hechos que suceden no los vivimos de forma tal que nos permitan conocer, y por eso no nos hacen compañía; y uno pasa página después de algún tiempo, como si no hubiese sucedido nada. Tú has usado una expresión: «Para mí el conocimiento es un poco como de usar y tirar». En cambio, ¿qué dice don Giussani? ¿Qué es lo que tenemos que percibir y aprender? Que un hecho es camino del conocimiento si se convierte de verdad en experiencia. A diferencia de los ilustrados, Giussani afirma que el camino a la verdad es una experiencia, un camino de hechos. *«Experiencia es vivir lo que me hace crecer. La experiencia produce por consiguiente el crecimiento de la persona [...] [y] conlleva [siempre], por tanto, el hecho de darnos cuenta de que crecemos».* La clave está en esta palabra: «darnos cuenta» de que crecemos. Porque «lo que caracteriza a la experiencia es *entender* una cosa» (L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 117-118), comprender el sentido de una cosa, motivo por el cual luego te hace compañía. Si nosotros no aprendemos esto los hechos son inútiles para la vida, para el camino de la vida; la historia se vacía y, por otra parte, las verdades, como decía la primera contribución y como veremos dentro de poco, ya no se ven. Con esta cuestión abierta, escuchemos los hechos de la experiencia para dejarnos enseñar por ellos.

Hola.

¿Has aprendido algo de tu experiencia?

Sí.

¡Menos mal!

Al principio del curso pasado llegó a la universidad una chica que había ido a veces con los de GS en el bachillerato, y empezó a estar con nosotros, a participar en los grupos de estudio, a ir a clase con nosotros. Después de algunos meses tomamos un café juntas y me dice: «Mira, no quisiera ofenderte pero, a decir verdad, me parecéis unos exaltados, unos ilusos, habláis continuamente de Dios, y yo no creo en él, porque si Dios existe es un titiritero, y yo prefiero vivir sin él». Frente a semejante determinación y convicción...

En esto queda la percepción del cristianismo si no se entiende el alcance educativo y el alcance cognoscitivo que tiene: «¡Me parecéis unos ilusos!».

Frente a semejante determinación y convicción, hago algunos intentos tímidos de rebatir en el plano teológico, pero enseguida los dejo y empiezo a preguntarle sobre ella, sobre su experiencia.

¿Por qué los dejas enseguida?

Porque me daba cuenta de que tenía ante mí un muro, no tenía posibilidad alguna de hablar con ella porque frente a...

¿Veis cómo descubrimos el camino? Existen ciertos modos y ciertos intentos que no sirven. La realidad misma nos ofrece la posibilidad de comprender. ¿Y entonces?

Entonces empecé a preguntarle sobre ella, a preguntarle si cuando había llegado a la universidad estaba más contenta, si se acordaba de los días de su vida en los que más contenta había estado. Frente a todas estas preguntas, ella me respondía una y otra vez: «No», sistemáticamente, de forma muy indiferente, y me parecía que no tenía ningún tipo de terreno común sobre el que dialogar, y cada vez que hablábamos llegábamos a un punto muerto. Entonces empecé a invitarla a estudiar conmigo cuando me iba con otras amigas el fin de semana y a implicarla en la vida que hacía todos los días. Y siempre que la invitaba ella aceptaba y volvía. Así, día a día, mes a mes, muy lentamente, empezó poco a poco implicarse, es como si hubiese sido conquistada hasta el punto de...

¿Por qué ha sido conquistada? ¿Quizá porque ha «pasado página»? ¿Quizá porque los hechos no le han hecho compañía, o quizá porque ha empezado a entender algo?

Después de alguna resistencia, decidió venir a las vacaciones del CLU, cuando al principio había dicho que no vendría porque las cosas que hacíamos no le gustaban. Pero al final vino y terminó contentísima. Y yo me di cuenta de que algo estaba cambiando en ella, no solo porque había decidido venir a las vacaciones del CLU, sino porque empezaba a darse cuenta de lo que le sucedía, empezaba a decir cuándo estaba contenta y cuándo no estaba contenta.

«Empezaba a darse cuenta de lo que le sucedía». Esto vale también para ti, que te dabas cuenta de lo que estaba sucediendo.

Después de las vacaciones del CLU, fuimos a pasar unos días de vacaciones en la playa con algunas amigas, y ya entonces le decía a una de nosotras: «Estoy contenta de estos días, porque a diferencia de todas las vacaciones en las que después de un par de días me hartaba de las personas que estaban conmigo, de vosotras no me he hartado». En la relación con ella, me he dado cuenta no solo de que la dialéctica, el intento de dialectizar con ella no me llevaba a ningún sitio, sino también de que la única posibilidad que tengo de mostrarle lo que he encontrado es implicarla en la vida que me ha conquistado sobre todo a mí. Ahora todo sigue en marcha, no hemos vuelto a tener una conversación sobre Dios, no sé todavía si a lo mejor puede decir ya que Dios no es un titiritero, pero estoy segura, lo veo, que ella ya no nos considera unos ilusos, porque no se ha marchado.

Me asombra que muchas veces nuestros amigos universitarios se dan cuenta de que otros no ven lo que ellos ven, y empiezan a experimentar que la dialéctica no les lleva a ningún sitio, no les lleva a que el otro pueda entender algo que no entiende, a conocer algo; empiezan a aprender que ciertas cosas no sirven, y entonces dejan de usar instrumentos o métodos que ya se han revelado como claramente equivocados. «Me he dado cuenta»: ¡esa es la cuestión! «Me he dado cuenta no solo de que la dialéctica, el intento de dialectizar con ella no me llevaba a ningún sitio, sino también de que la única posibilidad que tengo de mostrarle lo que he encontrado es implicarla en la vida que me ha conquistado sobre todo a mí». ¿Qué quiere decir esto? Tenemos que empezar a percibir qué quiere decir esto para responder a los desafíos del cambio de época que estamos viviendo. Porque, mientras que los racionalistas decían que los hechos históricos no pueden llevar al conocimiento de la verdad, aquí empezamos a ver que solo un hecho histórico («implicarla en la vida que me ha conquistado sobre todo a mí») lleva a reconocer algo que antes no se reconocía. ¿De dónde nace una mirada así?

Cuento un hecho sencillo que me ocurrió hace algunos días. Salgo de casa por la mañana, llueve mucho, y en un callejón me encuentro con la típica mendiga que está allí desde hace años, acurrucada contra el muro, pidiendo limosna. Entonces paso, le dejo una moneda y me marchó. Y mientras me estoy yendo, escucho en el callejón una voz fuerte y aguda a mis espaldas, una voz de mujer que dice: «¡Ah, muy bien! Si todos los que pasan por aquí te dejan un euro, ¡me pongo yo en

tu lugar!». Me di la vuelta de golpe porque me sentí provocado, y vi que era una mujer anciana la que se burlaba de la mendiga. Me asaltó un sentimiento de rabia, por un sentido de justicia, y entonces me dije: «Ahora voy allí, le tiró dos euros a la mano, y le digo: “Ahora, señora, siéntese aquí, estese aquí todo el día, y esta noche cuando vuelva vemos a ver qué ha pasado, ¿eh?”. Di un paso, estaba volviendo para montar un poco la escenita, pero mientras daba este paso percibí dentro de mí algo que subía y que rompía la capa de rabia que se había apoderado de mí. Y me invadió una verdadera conmoción, porque miraba a aquella señora anciana y pensaba: «Pero esta mujer, que es ya mayor, que habrá visto y vivido un montón de cosas, ¿qué habrá visto, qué experiencia habrá tenido, qué habrá encontrado para tener un corazón tan áspero, tan rencoroso?». Y después me di cuenta: «¡Ostras, pero yo –¡yo!– a Quién he encontrado!». Y esto desintegró mi sentimiento de rabia y experimenté verdaderamente un gran sentimiento de ternura y de conmoción, y las miraba a las dos, pero debo decir que estaba más enternecido y conmovido conmigo mismo, por ese Otro que había venido a salvarme. Quizá es lo que tú decías en los Ejercicios de la Fraternidad, y que has repetido algunas veces, sobre el preso que entra en la cárcel, en la que están los dos carceleros que le humillan al registrarle, pero a los que él mira con misericordia. Creo que es la misma experiencia. Fue un shock de serenidad, de felicidad verdadera. Entonces les dije: «Buenos días. Que pasen un buen día», y me marché contento por esto.

Te invadió un extraño sentimiento de ternura. ¿Es solo sentimental, o es un juicio, un verdadero conocimiento que tenía como razón haberte dado cuenta de que habías sido salvado? Hasta el punto de que estabas más conmovido. Y esto te ha hecho mirar al otro preguntándote quién sabe qué había conocido o qué no había conocido en la vida para tener un corazón tan áspero. Conocernos a nosotros mismos y conocer al otro por el hecho de darnos cuenta de que tenemos algo, de que nuestra pertenencia, de que lo que vivimos es el origen de nuestra posición cultural, sin hacer grandes juegos de palabras, sin hacer grandes propósitos, casi sorprendiéndonos de ese origen que nos hace conovernos por el hecho de que Otro ha venido a salvarnos, sin reducirlo a algo sentimental, sino reconociéndolo como algo que plasma mi yo hasta tal punto que no puedo dejar de reconocer a Cristo incluso en la forma de mirar al otro. ¡Quién sabe qué no habrá conocido esa señora! Al contrario que el preso, que había conocido algo. Que un hecho, que un encuentro nos hace compañía se ve en la novedad con la que me sorprende afrontando las situaciones, los desafíos de la realidad, las cosas con las que me topo.

Hace algunos días una chica propuso en clase retomar el tema del diálogo partiendo de Sócrates, y lo hizo diciendo: «Me interesa la cuestión del diálogo para comprender qué tiene que ver el diálogo del que habla Sócrates con la vida, y con las preguntas de la vida». Cuando planteó esta cuestión yo me quedé impresionado y pensé: «Este tema es interesante». Entonces pregunté a los chavales qué pensaban de ello, y se desencadenó un ping pong que no me esperaba, porque no es una clase demasiado vivaz, es más, mis compañeros se quejan por ello; en ese momento se empezó a desencadenar una discusión. Y yo creía que había capturado su interés, porque cada uno decía un poco su opinión, su parecer. En un momento dado, un chaval, refiriéndose a otro de forma un poco graciosa, dice: «Sin embargo, me gustaría saber también la opinión de ese, saber qué piensa». Esta frase dicha de forma graciosa me hizo entender que me estaba entusiasmando por una cosa que no era diálogo, era simplemente una discusión, porque cada uno ponía allí sus ideas, decía su idea y no se llegaba a nada. Entonces me paré y pregunté a todos: «En vuestra opinión, ¿estamos haciendo un verdadero diálogo o cada uno se está limitando a decir sus opiniones?», según la idea dominante de que cada uno tiene su opinión. La mayoría dijo: «Profesor, con usted se puede dialogar». Pero un chaval intervino y dijo: «No, no, solo estamos haciendo una discusión, porque cada uno de nosotros está contando su idea, pero luego no está atento a lo que dice el otro, no le interesa lo que dice el otro, sino que afirma su opinión según la idea de que cada uno tiene su verdad y por tanto...». Era así. Esto fue un impacto sobre todo para mí, porque sustancialmente, en aquella primera parte de la clase, como tenía en la cabeza que tenía que hacer discutir a la clase,

había favorecido la discusión; y menos mal que aquel chico hizo sonar la campana de alarma, porque yo me di cuenta de que el corazón del hombre vale mucho más que una simple discusión. En el fondo, no estábamos respondiendo a la pregunta de la chica, porque cada uno estaba hablando de su opinión. Entonces agradecí esta observación y dije: «Daos cuenta de que es la primera vez en estos años que se me hace evidente de forma clara que hay algo más que el diálogo socrático [porque el diálogo socrático en el fondo es lo que hacían ellos: una discusión de ideas], y en el fondo, yo no me había dado cuenta tan bien como vosotros». Y entonces, en la segunda parte de la clase sucedió algo distinto: mientras que antes cada uno se esforzaba en decir su propia idea, cada uno hablaba de su idea y luego volvía a sus asuntos, en esa segunda parte empezaron a mirarse a la cara y a dialogar, no tanto a poner sobre la mesa sus opiniones, sino a dialogar. Esto me impresionó, porque fue suficiente con una observación, desde un cierto punto de vista banal, para hacerme acusar el impacto del corazón y para comprender que estos chicos quieren más, que este cambio de época es la necesidad de algo más, mientras que yo estaba reduciendo el diálogo a una discusión de ideas, y la discusión de ideas no lleva desde luego a conocerte a ti mismo y a conocer al otro. Como dice don Giussani, no hay que poner el acento sobre las ideas, sino sobre la persona, mientras que yo había puesto el acento sobre las ideas y no sobre la persona. Cuando terminó la clase salí; por un lado, estaba contento: había sucedido algo, un pequeño hecho que me había cambiado. Por otra parte, sin embargo, yo había estado durante media hora insistiendo sobre el tema de la discusión. Entonces me di cuenta de la abstracción con la que hago la Escuela de comunidad. Me dije: «Pero, ¿cómo es posible? Estoy leyendo el diálogo en don Giussani, estoy leyendo que el diálogo es vida, yo participaba también en los radios de aquellos años en los que se ponía en común la experiencia, y no me habría dado cuenta, si no es por la observación de aquel chico, de que se está produciendo una discusión de ideas». Entonces me dije: «Menos mal, porque esa observación me ha hecho retomar lo que ya estaba dentro de la experiencia y dentro del corazón». Esta ha sido una experiencia que me ha impresionado mucho.

No te habías dado cuenta; y cuando te has dado cuenta, te has dado cuenta de qué es verdaderamente el diálogo, de que diálogo nunca podrá producirse verdaderamente si uno no sale al encuentro del otro porque está interesado por su contribución. Ahora todos nosotros podemos empezar a usar este test para nuestro camino humano: en esta semana, ¿he tenido diálogos o discusiones? Sobre el referéndum, por ejemplo, ¿estoy teniendo diálogos o discusiones? Porque el hombre, como se puede ver, no es más que lo que hemos cantado al principio: ser poeta es tener hambre y sed, y por eso no puede dejar de ir más allá de la discusión, «ve más allá». Ahora nos interesa entender bien de qué estamos hablando, porque este diálogo puede producirse también de forma inesperada. Me escribe una persona desde China (¡que obviamente no ha podido venir para intervenir!), y me cuenta que un día el conserje de su edificio les paró a ella y a su marido: «Entre vosotros dos existe verdaderamente un gran amor. Yo veo a muchas parejas de casados, pero como vosotros ninguna. Este amor es verdaderamente algo grande, vivir así es algo verdaderamente bonito. Os deseo que toda la vida podáis vivir de este amor». Le pregunté que cómo podía decir esto, porque él solo habla chino, y no entiende las cosas que nos decimos. Solo nos ve pasar por las mañanas cuando vamos al trabajo, cuando volvemos, cuando volvemos con las bolsas de la compra o cuando salimos por cualquier otro motivo. No pasamos tiempo con él, y no le hablamos sobre nosotros. Y me respondió: “¿Qué crees? Yo no entiendo las palabras que os decís, pero veo y he visto enseguida esto desde que llegué. Veo el modo con el que os habláis, el tono de voz que usáis, y veo que lo que os mantiene unidos no es el dinero”. Nosotros no hemos dicho ni una palabra sobre nuestra relación y el conserje ve esto, se da cuenta [es impresionante la verdad de esta expresión: «darse cuenta» es la palabra que usa Giussani para describir la experiencia] de que el matrimonio que nosotros vivimos no es como el de los demás. Y me ha impresionado que uno pueda testimoniar algo sin decir una sola palabra». Es un diálogo, porque es la comunicación de uno mismo a otro, aunque no se hable la misma lengua.

He empezado a leer la Página Uno y tu intervención en Caravaggio (adonde, por desgracia, no pude ir) y los he encontrado inesperadamente correspondientes a lo que estoy viviendo en este periodo. Digo inesperadamente justamente porque me he sorprendido al captar cómo lo que has dicho se ha convertido en un punto de comparación inmediato con lo que me está sucediendo, sin esfuerzo alguno o sin un «sí, ya lo sé», y es precioso cuando sucede así. Me explico. Te cuento brevemente dos hechos sencillos que me ha sucedido en este mes. Yo soy enfermera, y después de aproximadamente un año he vuelto a trabajar. Se me ha asignado un servicio que era el último que habría deseado para mí. En esos días estaba verdaderamente triste, y veía la realidad como enemiga, la circunstancia era en el fondo algo que impedía mi camino. Un día le hablé sobre este periodo a una amiga muy querida, contándole algo bonito que había visto, pero en el fondo, la última palabra seguía siendo la dificultad que experimentaba. Me escucha y en un cierto momento pregunta: «Entonces, ¿qué es lo que te permite vivir? ¿Es Jesús de verdad esa relación que te salva incluso cuando todo parece ir en contra tuya?». Esto me descolocó completamente, porque en el fondo solo encontraba excusas para no responder a estas preguntas. A partir de ahí ha cambiado todo, no la realidad, que todavía sigue siendo muy fatigosa, sino cómo he empezado a mirarla. He leído la Página Uno, en donde dices que la capacidad de encontrarse con el otro nace de una certeza existencial generada por la fe. En mi servicio hay una enfermera que me está cuidando mucho, y está naciendo con ella una relación muy libre, hasta el punto de que ha querido compartir conmigo un dolor que está viviendo. Me impresiona porque es verdad que el punto no es lo capaz que soy yo de hacerle ver desde el punto de vista dialéctico lo vivible que es la vida, porque lo que me ha permitido entrar en relación con ella ha sido empezar yo en primer lugar a vivir la relación con Jesús en mi vida, y por tanto en el trabajo, lavando con ella a los pacientes, organizando los historiales, pidiéndole a Él cada mañana que me haga suya. Una mañana sucedió otro hecho muy sencillo. Tenía que lavar a unos veinte pacientes, y me dominaba la prisa por conseguir hacerlo. En un momento dado, me topo con una señora que me pide que le acompañe al baño. Mis compañeros me habían dicho que, una vez que acompañaba a una persona al baño, era capaz de lavarse sola. Mientras la llevo al baño me dice: «No soy capaz de lavarme sola». Entonces la llevé al baño dominada únicamente por la preocupación de poder realizar todo el trabajo y empecé a lavarla. Mientras la estaba ayudando a desvestirse, me dice: «Es horrible depender de todo y de todos». Entonces me desperté y empecé a mirarla. Me vinieron a la cabeza mil cosas que habría podido decirle sobre lo que yo he encontrado en mi vida y que me hace respirar cada día, bloqueando tal vez de este modo su grito. Luego me acordé de lo que dices en La forma del testimonio, es decir, que el verdadero diálogo es hacer ver la experiencia que yo vivo, entonces me dije: «El modo más verdadero para estar delante de ella ahora es responder a la circunstancia en la que me encuentro, lavarla como a mí me gustaría que me lavaran». Estuvimos juntas durante un largo rato. Había un clima casi familiar. Al final, me miró y me dijo: «Después de este baño me siento una mujer nueva». Me conmoví profundamente, porque también yo, después de aquel encuentro, me sentí renacer simplemente porque en su necesidad me descubrí como ella: mendiga, necesitada de todo. También yo necesito depender del Único que me hace en cada momento, hasta el punto de que, si no es así, nada me satisface, todo me aplasta.

¿Y qué significa esto con respecto a la comunicación al otro, en este cambio de época en el que nadie ve, ni siquiera tú veías, hasta el punto de que percibías la realidad como enemiga? ¿Qué te ha permitido hacer el camino gracias al cual has empezado a ver las cosas de forma distinta y a hacer lo que has hecho?

He empezado a plantearme preguntas y he comprendido que eso de lo que yo escapaba era lo que me permite vivir. Cuando he comprendido lo que me ha permitido...

Primera cuestión. No es que podamos convencer con nuestras explicaciones, porque ni siquiera nosotros estamos convencidos, de hecho yo puedo tener todas las explicaciones y percibir de todos modos la realidad como enemiga. Como te ha dicho tu amiga, la realidad es la oportunidad, la ocasión para ver si Jesús es la relación que te salva. Si no hubieras hecho esta verificación, en el fondo no habrías podido realizar ese gesto. ¿Por qué? Porque —como tú dices— solo la certeza

existencial adquirida en el intento de vivir siguiendo la sugerencia de tu amiga te ha permitido entrar en relación con la realidad de forma no dialéctica: «Empezar yo en primer lugar a vivir la relación con Jesús en mi vida, y por tanto en el trabajo». Nosotros podemos introducir a los demás en la realidad, hasta llegar a hacer que esa mujer se sintiese como nueva, solo a través de una historia, de una experiencia personal, humana, a través de nosotros mismos, hasta el punto de que lo que antes no se veía ahora empieza a verse.

En el trabajo que estamos haciendo me ha surgido una pregunta que me parece esencial. Esta es la pregunta que ha brotado: ¿cuál es la forma de mi pertenencia, es decir, cuál es el gesto, el modo a través del cual yo vivo en realidad la experiencia de una pertenencia? Me han venido a la cabeza muchísima respuestas, todas incluso razonables y probablemente aceptables: esta larga historia en la que me encuentro y estoy gustosamente, toda la tradición que amo y estimo, una regla dentro de la cual vivo, en definitiva, una fidelidad por lo menos en el tiempo a esta compañía. Pero haber formulado esa pregunta me ha hecho comprender que estas respuestas serán insuficientes, porque es uno solo, creo, el modo a través del cual mi pertenencia es real, es verdadera y fecunda: es el «sí» de Pedro. El verdadero gesto de pertenencia no es la historia que llevo encima, no es la regla a la que obedezco, no es la tradición dentro de la cual me encuentro, no son los amigos de los que no me separo, sino justamente el «sí» de Pedro. Lo demás es una consecuencia. Si no fuera así, esta historia, esta tradición, esta regla, esta compañía –como nos ha dicho con claridad don Giussani y como ha repetido en términos casi idénticos el Papa– se petrifica, es decir, se vuelve piedra, ya no hay flor, ya no hay fruto, ni en mí ni en la sociedad. Y añado una segunda cosa rapidísima: ¿Cómo se ve que este es el modo con el que yo pertenezco? Pues bien, la otra cosa que has retomado de don Giussani en la Página Uno me ha hecho comprender: ¡este es el criterio! Entonces he comprendido qué quiere decir que la expresión cultural es lo que demuestra, lo que hace evidente aquello a lo que perteneces. Y me he preguntado: «¿Cuál es para mí y para nosotros la expresión cultural más evidente, casi diría más mastodóntica? Nuestra unidad, nuestra compañía. Pero yo, ¿cómo estoy en esta compañía? ¿Acaso la estoy construyendo? ¿Es una expresión cultural mía esta compañía, es algo en lo que estoy de verdad?». Y me parece haber captado que el único modo para hacer posible esta imposible unidad, como siempre nos ha dicho don Giussani, es que yo diga «sí» a Cristo presente aquí, hoy, en el modo con el que está presente aquí, hoy. Cualquier otro modo es parcial e infecundo en última instancia.

¿Qué quiere decir este «sí» de Pedro, este gesto de pertenencia? ¿Por qué lo consideras tan crucial precisamente para responder a este cambio de época? ¿Cómo sirve este «sí» para responder de forma exhaustiva al desafío que tenemos ante nosotros?

Porque creo que es la única fuente de una novedad y la única posibilidad de novedad que se me da no desde las circunstancias, sino dentro de las circunstancias, aunque hayan cambiado completamente. ¿Cómo puedo llegar a ser nuevo en una situación nueva? Si digo «sí» a Cristo en el modo con el que se presenta en mi vida hoy. Y esto me hace adecuado incluso para comprender los pasos que debo dar, los gestos que debo realizar, el trabajo que debo llevar adelante, etc. Yo creo que este es el origen de la novedad, no existe otro. Todo lo demás son cosas que te pueden hacer estar activo, ser generoso, estar presente socialmente, culturalmente, científicamente, etc., pero la novedad, ¿de dónde viene? De decir que sí a una Presencia hoy, me parece.

Nos queda todavía mucho por comprender. Dejo abierta la cuestión porque en esta intervención tuya está verdaderamente la respuesta a ese cambio de época que estamos viviendo. ¿Por qué? Porque, como decía al principio, para nosotros muchas veces no es un hecho histórico lo que nos lleva al «conocimiento» de la verdad; hemos visto en todos vuestros testimonios que lo único que nos permite estar en la realidad de forma distinta es darse cuenta de lo que está sucediendo. Tú ahora añades el «sí» de Pedro. Si releemos lo que dice don Giussani sobre el «sí» de Pedro, vemos por qué el cristianismo representa la posibilidad de responder adecuadamente al desafío cultural del momento actual: una «historia concreta [...] es la clave de la concepción cristiana del hombre, de su moralidad en la relación con Dios, con la vida y con el mundo» (L. Giussani – S. Alberto – J.

Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 80), es decir, de la realidad y de la historia. Lo que experimenta cada uno es que cuando deja entrar a Cristo en su historia concreta, en el seno de la comunidad cristiana, empieza a suceder algo que permite introducir en la realidad un tipo de experiencia que responde a este gran desafío en lo cotidiano, cuando invitamos a los demás a estudiar, cuando cuidamos a un enfermo, cuando conversamos con los estudiantes, cuando nos relacionamos con una mendiga. Y los demás empiezan a ver lo que antes no veían. Porque así comenzó el cristianismo y así continuará: sin separar nunca la historia concreta de la verdad. Si nuestra amiga no hubiese aceptado afrontar la realidad que le parecía enemiga con la hipótesis de Cristo, no habría sido capaz de tratar así, con aquella sencillez, a aquella paciente. Y así todo. Aún nos falta mucho para comprender esto, pero vemos que empezamos a darnos cuenta de que es facilísimo, como sucedió al principio con Jesús: vino e hizo el cristianismo. Empieza a suceder, y los demás empiezan a ver lo que antes no veían. Y esto se documenta en la expresión cultural, porque nosotros entramos en la realidad con una conciencia nueva, al habernos dado cuenta de algo que ya, aunque sea inconscientemente, llevamos “en la sangre”. Hemos empezado comprender que la dialéctica no es el modo con el que encontrarse con el otro, y que no es una abstracción lo que puede moverle, sino implicarle de algún modo. Jesús nos ha implicado en una experiencia –como decíais–, en una nueva vida que nos ha permitido reconocer la verdad. Solo así podremos identificar cada vez más cuál es la forma del testimonio que nos permite comunicar no un sentimentalismo, sino la verdad, una nueva percepción de la realidad, una nueva percepción de las cosas. Y esto llega a ser verdaderamente una contribución significativa –lo vemos a través de las muchas cosas que contamos– para todos aquellos con los que nos encontramos por el camino, cualquiera que sea la situación en la que viven. Entonces la historia no se vacía, nosotros hacemos el recorrido del conocimiento, conocemos cada vez más y vemos que permanece como compañía en nosotros por el modo con el que entramos en la realidad y estamos delante de todos con la certeza existencial de lo que portamos. Y nosotros mismos estamos asombrados, conmovidos por lo que el Misterio sigue haciendo ahora, no en el pasado, sino ahora. Por eso Jesús viene a preguntarnos: «¿Me amas?». «Sí». Este sí no es algo intimista, sino algo que aferra toda la vida y se expresa en todo lo que hacemos. Si crece esta pertenencia, si no nos separamos de ella, entonces podremos introducir en la realidad una novedad, haciendo que sea una experiencia posible también para los demás, porque nosotros hemos sido elegidos para que los demás, en un momento dado, puedan ver participando en una compañía como la nuestra, y al mismo tiempo para que podamos enriquecernos nosotros mismos de lo que los demás nos ofrecen, porque muchas cosas las descubrimos a través de ellos. El referéndum es una ocasión preciosa para educarnos en esto. O es un diálogo o es una discusión. Es necesario que caigamos en la cuenta del otro y de sus razones para no descargar mi responsabilidad sobre alguien que me diga qué tengo que hacer, para participar yo en la aventura del conocimiento. Este es el significado de nuestro manifiesto *Para recuperar el sentido de vivir juntos*: no perder la ocasión de aprender, incluso en esta circunstancia. Y de este modo, podremos verificar al final de este recorrido si nos hemos puesto en juego, si hemos aclarado suficientemente nuestras razones para responder a lo que se nos pregunta. Si no es así, habrá sido inútil, para nosotros y para los demás, como tantas cosas que suceden y no dejan huella, porque no construyen la convivencia, no construyen un lugar de diálogo; y de este modo no descubrimos las razones para estar juntos. Me parece que tenemos una oportunidad preciosa que espero que no desaprovechamos.

Desde este curso está activa la conexión por vídeo a la Escuela de comunidad también para las comunidades de fuera de Italia, con traducción simultánea en inglés, español y portugués. En la conversación que mantuvimos, a la que siguió esta decisión, subrayábamos la importancia de sentirse protagonistas. Uno puede estar aquí como protagonista, al igual que puede ser protagonista en los distintos grupos de Escuela de comunidad durante el mes, o puede estar pasivo en el grupo como lo puede estar aquí. No es la forma lo que nos hace ser protagonistas o estar pasivos, sino nuestro modo de estar en la realidad. Por tanto, todos estamos llamados a ser protagonistas y no

simples espectadores de un gesto “edificante”, y por ello quien tenga preguntas o contribuciones podrá hacerlas también desde el extranjero, enriqueciendo de este modo la vida de todo el movimiento. Como he dicho ya otras veces, el gesto es libre para quien quiera participar en él, pero justamente por ello he pedido a los responsables que garanticen a todos la posibilidad de poder conectarse. Sin embargo, es importante que la conexión tenga las características de un gesto vivido comunitariamente, como hacemos aquí. Por ello no se facilitará la conexión a personas individuales. Además, los apuntes estarán disponibles para todos en nuestro sitio web. La dirección de correo electrónico a la que se pueden enviar preguntas e intervenciones breves sobre la Escuela de comunidad es: sdccarron@comunioneliberazione.org. Os pido que la uséis exclusivamente para la Escuela de comunidad. Por lo que respecta al extranjero, las contribuciones deberán ser enviadas antes del viernes por la noche, mientras que para los italianos antes del domingo por la noche previo a nuestro encuentro, de modo que pueda tener tiempo para leerlas y traducirlas si fuese necesario. Os pido que añadáis también vuestro número de móvil para poder contactar con vosotros fácilmente para poder intervenir directamente. Me gustaría hacer una precisión sobre por qué elegimos ciertas intervenciones, porque hay quien dice: «¡Ya está todo cocinado!». No, ¡no hay nada cocinado! Entre las muchas contribuciones que llegan, vemos que en algunas el Misterio hace suceder algo especialmente significativo que es una riqueza para todos. También en el modo de guiar un gesto como este queremos seguir –yo el primero– lo que el Misterio hace suceder para poder hacer un gesto que sirva a todos. Yo deseo ser el primero en seguir lo que hace el Misterio a través de las contribuciones que mandáis. Y esto no es precocinar, sino obedecer lo que hace el Misterio. Existen además otros momentos de la vida del movimiento u otros momentos de la Escuela de comunidad en donde cada uno puede encontrar el modo para intervenir. Por tanto, es una obediencia a lo que hace el Misterio. Todos hacemos el camino, y a veces el Misterio hace florecer a uno, al otro, hace vivir una experiencia que es una riqueza para todos, y por eso empezamos por esos. Punto.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 23 de noviembre a las 21,00 horas. Nos preparamos retomando la segunda parte de la Página Uno, «La forma del testimonio», del punto 6 al 9.

El libro del mes para octubre y noviembre es *Últimas conversaciones* de Benedicto XVI. Es un ejemplo precioso de cómo nace la certeza: no como afirmación abstracta de ideas correctas y limpias o de dogmas, sino de la relación dramática con el Señor. Es impresionante cuando desvela su relación personal con Cristo marcada incluso por momentos de dificultad. Esto hace del camino de la fe algo humanísimo, y se comprende también la raíz de la audacia del pensamiento y de la expresión cultural de Benedicto XVI.

La Campaña a favor de algunos proyectos de AVSI en el mundo puede realizarse en Italia y en el extranjero en las formas más creativas y adecuadas a las situaciones. El título de la campaña de este año es: #RefugiadosMigrantes. Manos a la obra para cambiar el paso. Este año la Campaña tendrá como hilo conductor el tema de los migrantes y refugiados, con especial atención a la cuestión educativa y laboral. Habrá más información disponible a partir de mediados de noviembre.

Además de la Campaña de AVSI, os recuerdo que el movimiento indica en especial como gesto de caritativa la Recogida de Alimentos, que este año tendrá lugar el 26 de noviembre. Es importante para nosotros participar en este gesto, para sostenerlo y poder compartirlo con muchas personas. De los ciento treinta mil voluntarios que participan habitualmente en este gesto, solo treinta mil son personas del movimiento, y por eso la Recogida promovida por el Banco de Alimentos es una ocasión para compartir con los demás la mirada con la que nosotros hemos aprendido a vivir este gesto, para que no decaigan nunca las razones por las que lo hacemos y el modo de vivirlo.

Veni Sancte Spiritus